



Los perros de Copacabana

Marcelo Menoz



Mermoz, Marcelo
Los perros de Copacabana/ . - 1a ed. - Avellaneda : WGT Ediciones, 2016.

Edición electrónica

ISBN 978-987-1827-81-7

1. Narrativa argentina. I. Título.

CDD



www.wgtediciones.com

www.wgt-ediciones.com

www.wgtediciones.com

011 5922 8829- 3970-2130

Argentina

Fotografía de tapa: Ermi Novisardi

Primera edición digital

Noviembre 2016. wgt ediciones.

“Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723”

wgtediciones. Argentina.

Los perros de Copacabana

Marcelo Mermoz

Donde terminan las Sierras Chicas y los cordones, se abren formando una mano con estribaciones rocosas conocidas como Masa, Pajarillo, La higuerita e Ischilín; a tan corta distancia uno de otro que podría pensarse que se trata del mismo. Dos villorrios de escasa población se desparraman en el valle como si fuesen un puñado de piedras arrojadas por la mano de Dios en un aburrido juego, durante algún período de hastío. El caserío de artesanos “Copacabana” y “Las Palmas Caranday”, bostezan al sol serrano, próximos al lugar donde, dicen los pobladores, “El diablo enseña a tocar la guitarra” y al que familiarmente, se lo conoce sólo por “Las Palmas”. Son pocas las familias que allí subsisten, a fuerza de pisar el polvo y dejar trazado el camino en la ruta entre Ischilín y Charbonier.

Introducción

1.

Nadie podía siquiera afirmar con certeza cuándo fue que apareció el mastín, pero allí estaba él, con las fauces abiertas. Transpiraba babeando en la roca, al sol inclemente, desafiante. La bestia era un allegado de algún lado y peleó para quedarse.

Al principio probó a los más fuertes. Lo suyo fue erizar el lomo y mostrar dientes. El porte de gran tamaño, negro, ojos llameantes y rabo corto, confundió al resto y sembró el malestar entre los perros; pero aún así respondieron como él esperaba. Se lo vio por primera vez durante un verano cuando en Las Palmas los animales, abatidos, buscaban una hilacha de sombra al reparo de un sol que caía como espada en los techos; caldeando los muros y transformando el valle en un horno.

La mayoría de ellos se juntaba a la sombra de la capilla, el lugar más fresco del pueblo en esos días. Daba lo mismo, no había rincón a salvo del calor. A mediodía, los habitantes se esfumaban de las calles y las bestias se escondían en sus agujeros. Los únicos que permanecían en esa bruta naturaleza, caldeada y polvorienta, eran los perros. El valle era de ellos; pero no peleaban a esas horas. La siesta era sagrada y a duras penas podían permanecer a la sombra. Nadie caminaba la traza polvorienta del camino que cruzaba los caparzones castigados de las casas. Los perros más audaces, solían correr tras los escasos vehículos de los turistas que, agobiados por el sol, pasaban sin parar mirando el río con deseo, lujuria y desilusión, porque el año que llegó la bestia, fue un año extraño: no hubo agua en el río; como no fuera un hilo de humedad que alcanzaba a oscurecer las rocas del lecho.

Los lagartos caminaban lento, serpenteando en la tierra dura como si se tratara de la piel del mismo diablo, correosa y agrietada. Pero de madrugada era distinto. La jauría era la sangre que corría en las venas de Las Palmas y sacudía la modorra a mordiscones. Los animales iniciaban sus carreras con las primeras luces, persiguiéndose entre las casas, a la vera del camino y entre las zarzas. La figura del rottweiler estaba siempre allí, entre la de ellos: repartiendo mordiscos, lamiendo heridas, recostado, pero siempre en el núcleo, en la madeja de cabezas y lomos que se revolvió entre las rocas que, marcaban hitos en la geografía del valle.

2.

Era la hora en que la madrugada cambiaba de color y se transformaba en día.

Enilde los escuchó jadear y gruñir mientras se posicionaban en torno al promontorio y bajo la mirada severa del rottweiler. Los sonidos de las luchas encarnizadas rebotaban en el valle estrellándose contra los pilares de piedra; esa masa de rocas rojas redondeadas por el viento y la lluvia, cuarteadas por el paso de los eones y donde los perros de “Las Palmas” celebraban el conciliábulo habitual para intentar determinar si atacarían a los hombres, o solamente copulaban lanzando alaridos agudos que la inquietaban. Ella se quedaba allí, decidiendo, si era lo suficientemente de día como para levantarse o si se quedaba acostada hasta que el primer rayo del sol la salvaba de los gañidos y sonidos sordos. Dormía con una almohada sobre la cabeza, aún así, los aullidos eran tan altos cuando se apareaban, que atravesaban su cerebro y la enloquecían. Todos los días repetían la rutina; comenzaban de la misma manera; rasguñaban su puerta y olisqueaban bajo la misma, como si pidieran permiso para entrar y vinieran por ella.

La mujer, ya grande, se revolvía entre las colchas; nerviosa en posición fetal, como protegiéndose de las sombras que, se figuraba, rondaban por la casa. Eso cuando conseguía conciliar el sueño; pero había veces que las noches se le abalanzaban como algo denso, que la asfixiaba y la sometía con sus pesadillas, en esa duermevela eterna que se extendía como un infierno y la atravesaba con su espanto. Imágenes fuertes que venían con la intensidad de una ola y se retiraban lentamente de la playa de su soledad.

Los perros estaban allí. Sabían cuando aullar, los malditos. Entonces un escalofrío movía las mil patas de su cuerpo agusanado como si se tratara de una criatura que quisiera encaramarse en su cabeza y la trepaba por la columna velozmente.

Afuera la masa de pelo y patas se entreveraban tras el cristal empañado por el frío de la madrugada. Se levantó con esfuerzo y se puso la bata desteñida y manchada sobre un camisón gastado y deslucido. Se calzó las pantuflas ennegrecidas por el uso, con suela lisa y delgada como un papel y se arrastró hasta la cocina como si flotara sobre el suelo de mosaicos; tratando de no hacer ruido porque eso era lo que ellos querían, pensó, y cuando se enteraran que por fin se había levantado; el disturbio, los aullidos y ladridos, crecerían en intensidad hasta llenarle cada rincón de la cabeza. Prendió la cocina con papeles y ramitas que le juntara Mateo el día anterior y buscó con la mirada los leños más grandes que la alimentarían. Como si durante la noche cambiaran de lugar por sí mismos. La próxima vez le diría que los acomodara más cerca. Mientras se acercaba a la magra pila para seleccionar un par de ellos, intentaba convencerse una y otra vez, que no estaría de más prender la cocina más temprano y aguardar en la cama helada como una mortaja a que los espacios de la casa, que parecían querer cerrarse sobre ella, se calentaran. Había veces que el frío la endurecía, y los dientes parecían comenzar una danza frenética como si quisieran desprenderse a golpes de las mandíbulas. Carecía de abrigo en cantidad. Sólo un pesado sacón negro apolillado por los años de olvido, y un saco de lana sucia, apelmazada y

pegoteada que le enviara Carmela por Mateo hacía unos meses y nunca había lavado. El saco comenzaba a mostrar los efectos del deterioro, conforme el tiempo pasaba, y amenazaba con desarmarse. Ahora, observó incapaz de recordar a dónde iba, la amenaza era casi una certeza.

Abrigarse más, no aseguraba nada, pensó, pero no era mala alternativa si quería seguir con atención los movimientos de los animales desde la ventana. Abrigada o no, consideró que era bueno vigilarlos desde la seguridad de la casa y, mientras manipulaba los objetos de madera que encontraba a su paso en caso de que los escasos leños no alcanzaren, rezaba lentamente su letanía acostumbrada.

Las horas de desvelo que transitaban lentas a la luz añil del amanecer, la terminaban convenciendo que lo mejor era prenderla y observar los ritos de las bestias, a través del vidrio deformado por la humedad que permanecía suspendida en el interior.

Pasó la mano sobre la fresca superficie del vidrio y detuvo la vista sobre el dorso de la misma. Manchada. Apergaminada y huesuda; los dedos parecían ramitas reseca ya; casi sin músculos y apenas con colgajos de piel que se apretaban contra los huesitos como las garras de un ave.

¿Cómo fue que pasó tanto tiempo?

Su propia respiración condensaba en el cristal frío y limitaba las formas a una madeja de colores apagados que perdían contornos y chorreaban, arrastradas por las gotas que se desprendían cada tanto. Todo era gris o negro en aquellas tempranas horas. Los primeros colores del valle, eran los primeros rayos del sol contra el muro rojo de piedra de los promontorios algo distantes.

Las bestias le despertaban sensaciones a flor de piel. Una fascinación por las violentas peleas a dentelladas, y la toma de hembras en espasmódicas contorsiones frente a ella, generaban una salvaje aprensión irracional como un torbellino de emociones

descontroladas; al punto que no podía dejar de observarlos y ser testigo de eso al mismo tiempo. La alteraba tanto, pensó, que tenía que volver la mirada una y otra vez, capturada por la fuerza y la violencia con que los animales disputaban su jerarquía. ¿Se juntarían allí desde que ellos se mudaron a la casa? —se preguntó— ¿o sólo se había percatado de ellos frente al temor de que su padre ya no volviera?

Allá lejos, entre las brumas de recuerdos que se agolpaban en su mente como una humareda espesa atrapada en un cuarto, creyó entrever el momento de su llegada desde Dean Funes con su padre, Miguel Ángel, en una camioneta con sus cosas apretadas en la cajuela, buscando un lugar donde borrar con el codo el pasado doloroso, y comenzar de nuevo. Habían huido, literalmente, del recuerdo de su madre. La evasión, que juzgó precipitada, la rebeló y tiñó la relación con su padre hasta el fin. No siempre había sido así; pero la memoria iba y venía como las olas. Miguel había decidido el exilio y ella se aisló de todo.

“Hoy es viernes —calculó mentalmente. Debe haberse ido a Cruz del eje”. Por la tarde lo esperaría, tenían mucho de qué hablar, como cada viernes. Volteó la mirada a la mesa y suspiró largando el aire retenido.

“Hay veces que la espera duele, pensó. Si tan sólo pudiera dejar de respirar, me iría de este maldito mundo”

Durante un relámpago de tiempo, breve como los reflejos de los rayos de sol en las alas trémulas de los colibríes, como los que alcanzaba a ver tras el vidrio, creyó intuir que las cosas eran diferentes. Tal vez muy distintas a como las veía día a día. Entonces volvía a mirarse las manos y entendía todo; pero eso duraba un instante y luego la confusión volvía a arrullarla en nubes tóxicas que envolvían su entendimiento como si quisieran asfixiarla. Esos relámpagos, esos brevísimos instantes de claridad, le permitían ver la profundidad de la herida y el tiempo que llevaba abierta e invisible en el pecho. Era en esos momentos que intentaba recor-

dar cuándo había partido su padre. Cuándo dejó la casa sin aviso. Cuándo fue el maldito día.

Cada viernes, por la tarde, salía a la vereda y caminaba hasta la entrada del sendero que se perdía en dirección a “Las Cuevas”, pegaba la vuelta y regresaba a la casa. Sistemáticamente se negaba a entrar al sendero que se perdía entre la vegetación terrosa y con un movimiento repetido de cabeza, negando la existencia del mismo, le daba la espalda y huía de regreso a la seguridad de las paredes. En la caminata recordaba y el recuerdo dolía; como duelen las articulaciones con la humedad. Dolor que nacía desde adentro y se abría camino como una planta que clavaba sus raíces en las articulaciones, y le trababan los movimientos, incluso hasta el más involuntario de ellos, como el respirar. Era una tortura continua que subía y bajaba por la espina, que se detenía en los brazos y abrazaba las manos, y seguía así, creciendo, hasta que decidía que no aguantaría más y se perdía en la bruma del olvido. Cuando volvía en sí, se veía caminando en Las Palmas sin rumbo fijo, como si estuviera presa de ese cuerpo deformado por la artrosis y la red de enajenadas percepciones que iban y venían en la playa limpia y virgen de su mente. Entonces volvía, porque la maldita casa no la olvidaba. Seguía allí, con los ojos negros de las ventanas, abiertos, aguardando su llegada para engullirla. Ella entraba y se quedaba allí, parada detrás de la cortina.

Al regreso se encontraba con los perros fornicando en ese sucio revoltijo como a primeras horas de la mañana. Al anochecer aún permanecía despierta con el miedo y el horror, llorando en la ventana. Rogaba por su padre, quería el cobijo de sus brazos, el rostro seco y espinoso contra el suyo, pero él no regresaba.

Desde entonces observaba a los animales como si hubiera sido la niña que quedó a la deriva: con el horror primitivo aferrado a sus entrañas, como un monstruo de mil cabezas, entrelazado a sus miedos y angustias.

Ahora, desde la ventana, Enilde tuvo la sensación de que los animales la desafiaban y al asomarse, la mirada de los perros se cruzó con la suya como si la invitaran a unirse a esa suerte de sucia fiesta; como si no supiera ella, después de todo, que sólo querían lamer su sangre y destrozarla a jirones sin pérdida de tiempo.

Una angustia surgida de las tinieblas que rondaban su cerebro ascendió en una nube densa y rompió a llorar como todas las mañanas. Afuera, el llanto febril rodó por los espacios abiertos, enmarañándose con el alarido de las bestias. Hasta que la aparición del sol la calmó. Las sombras tenían el efecto, en ella, de hundirla en el miedo como si una fuerza, la fuerza de lo salvaje, la tomara del cuello y la dejara, casi, sin aliento. La impresión por las sombras que se retorcían al pie del promontorio; la paralizaban y la retenían contra la ventana hasta que la luz del sol limpiara el monstruo de mil cabezas que formaban los perros y sólo fueran eso: perros.

Parte I – Antecedentes:

Destierro

Aurora Flores

Capítulo 1

Volteó la mirada. Allí estaban otra vez: insolentes, altivos, vigilantes; aguardando en un cerrado silencio y olisqueando los alrededores de la casa como si ocultaran algo. Empujando puertas y asomado el morro en las ventanas. Como si les fuera a dar alguna otra cosa que no fueran los escobazos y gritos que les propinaba diariamente.

Afuera el griterío de los niños camino de la escuela, daban color y bullicio a la mañana. Si al menos Ariel hubiera cercado el predio, antes de morir, como le insistió hasta el cansancio; no se tomarían tantas libertades. Tal vez se estaba dejando llevar por la vieja loca, Enilde. Estaba cansada de oírle rezongar contra los perros y las “cosas” que hacían frente a la ventana, finalmente, había decidido ignorarla. Todos los días se quejaba del ruido y de la amenaza que representaban, o creía que representaban contra su integridad.

¿Y si Enilde tenía razón? –se preguntó confundida.

¿Y si los animales sin dueño, esos que se habían apropiado del Valle, estuvieran a punto de desplazarlos?

“...además, solía decir la mujer, está ese perro grande y negro, él sí que sabe lo que está haciendo”. Se refería al mastín como “el

sin cola”. A menudo le contaba que era un perro más de la jauría, “...pero basta un ladrido suyo para alterar a todo el resto”.

Sacudió la cabeza. “Nadie que no estuviera en su sano juicio podía tener la razón en algo, pensó, estaríamos todos locos”.

Pronto abriría y comenzaría a llegar la clientela cautiva del caserío. Encaramados en dos patas y a la espera, en cualquier abertura que olvidara cerrar, o a hurtadillas mientras ella preparaba el local para abrir al público, los animales rondaban “La Aurorita”. Podía sentirlos desplazarse por la galería de mosaicos rojos, cliqueando el suelo con las uñas desnudas, buscando algún lugar por donde meter el morro y agrandar el agujero a hocicadas o mordiscos. Día a día se tornaban un tanto más agresivos, evaluó la dispensera, como si calcularan que pronto se harían con el control del lugar. Se llevó una mano al pecho y presionó contra la angustia que pugnaba por aflorar.

El miedo, esa fuerza destructiva que todo lo arrincona y destruye, parecía querer ganar espacios a la vista del comportamiento montaraz de los perros y su forma de asediar los espacios de Las Palmas. La sola idea que irrumpieran en la casa y la vieran allí, tendida y fría, a causa de un infarto, la encolerizaba y se obligaba a enfrentarlos. Antes, juzgó, les declararía la guerra, lisa y llanamente. Pero no era tonta, iniciaba su agresión frente a alguien, como si lo suyo fuera una franca respuesta a su asalto. Sucumbir bajo esa “masa peluda”, como le decía Enilde, le erizaba la piel y anulaba toda su capacidad racional y la ponía en el mismo escalón que el de una víctima más.

El temor la paralizaba y se sentía arrastrada por una oleada de adrenalina que las bestias olfateaban, entonces, cogía la escoba y arremetía en un grito salvaje y demencial contra los morros tachonados de colmillos. Pero había gente cerca, y los animales retrocedían en un inteligente gesto de quien aguarda el momento indicado; encogían el lomo y rehuían los golpes con aullidos lastimeros y el rabo entre las patas, como si hubiera descargado el

palazo entre las ancas, pero no bien se quedaba sola, se plantaban de frente y enseñaban los dientes, retándola.

Ramiro, el fletero de Cruz del Eje, que hacía el reparto de frutas y verduras dos veces a la semana, se perdía en la lejanía en su camioncito oxidado que alguna vez fuera verde. Ariel ya no estaba con ella, pero los animales seguían acechando como entonces. Su marido había urdido una suerte de alianza con la jauría; más de una vez lo sorprendió alimentando a los animales, a sus espaldas, claro. Lo espiaba desde la ventana y lo veía con mano trémula, con esos movimientos vacilantes de quien comenzaba a volverse un viejo, acariciando a las bestias.

Él, y nadie más, hacía caso omiso del robo artero de los animales cuando, cansado por el trabajo, bajaba la guardia y no alcanzaba a meter las mercancías a tiempo, a buen resguardo. El rateo la volvía loca hasta hacerle perder el control de sí misma; Ariel en cambio, se limitaba a decir en voz alta simplemente: “Tenemos que estar más atentos, ellos tienen hambre”. Aurora, entonces, lo miraba con ira contenida y ojos llameantes de quién sabe qué, descargándola en él, aún así ni ella ni la furia se hubieran saciado, de cualquier forma. En esos momentos, podía llegar a golpearlos con cualquier cosa. Llegó a arrojarles leños de las bolsas que aguardaban ser vendidas en la vereda; introducía sus manos en ellas, temblando con su odio irracional hacia los animales, mientras Ariel con una mano en su espalda, intentaba hacerla razonar. Al final, se volvía hacia él, y con el rostro traspuesto lo increpaba agriamente para luego perderse en el interior del local. A partir de entonces se estableció una suerte de guerra silenciosa entre los perros y la dispensera cuyo odio fue ganando terreno y, a juicio de Aurora, por el trato deferente de Ariel, al contrario de su indiferencia hacia ella.

Su marido se fue una noche sin decir adiós y sin pedir ayuda, cuando ella mascaba su enojo frente al espejo, ensayando una cantinela, un soliloquio acostumbrado, como para atontarlo con

palabras; como si no supiera ella misma que muchos de sus rezongos eran, a la vez, la voz de su fracaso, el verbo de su depresión, el bufido de su descalabro; pero Ariel ya no la escuchaba.

Los perros hicieron caso omiso del finado. Continuaron ahí y ni siquiera aullaron esa noche; simplemente incrementaron su actividad, a ella le pareció, un poco más desesperados. Hubo intentos más forzados por ingresar a la vivienda, pero nada más. Ahora estaba sola, sin poder creer que, ni aún así había logrado de Ariel, siquiera, un gemido.

Caminó hasta la cama y se quedó allí observando el cadáver, buscando algún signo vital para seguir como si nada hubiera pasado. Afuera había un silencio profundo. No se oían los perros; Aurora no podía creer que se hubiera muerto así sin más, y los perros no intentarían nada. La indiferencia de ella estaba más que justificada, pero ¿y la de los animales?

Hubiera esperado, por lo menos, aullidos de su parte. Vagabundos sin dueños ni reductos, ¿Acaso no se daba cuenta el muy...? Llegado a este punto, se quedó con la frase suspendida en su cerebro, sin animarse a calificar al difunto en forma alguna. ¿Acaso no sabía el finado, que esos descastados no esperaban otra cosa que el menor descuido para robar la mercancía? Se preguntaba ofuscada, con la mirada al acecho, aguardando ver a uno de ellos, ahí, dentro del salón de ventas, ¡allí sí que se las vería con ella!

Resopló colérica. El exabrupto le corrió los mechones que osaban soltarse del rodete. ¿Acaso no la veía a ella correrlos a escobazos, como marcando un territorio que él porfiaba en no ver? La pregunta quedaba sin respuesta; el muerto estaba enfundado en su pijama, ganando rigidez al aire nocturno, con la piel cerúlea, mientras ella sostenía el cepillo el tiempo suficiente para tomar coraje, decidiendo que hacer a continuación, ahora que no podía compartir las sábanas con su desvelo.

No sintió remordimiento o culpa, sólo una rara y extraña calma; una paz cansina, un agotamiento yermo con la convicción

de no tener un puerto donde descargar el oprobio de su amargura y desconcierto. Su frustración y descontento con la vida, por el exilio que le había impuesto su destino, y la compañía de aquel que ya no estaba.

Sin saber muy bien a quien recurrir, tomó su abrigo y salió para avisarle al cabo Quintana que a esa hora dormía en el puesto policial del vecindario. Pasó la noche despierta con una botella de ginebra en la galería de la casa acompañada por el agente mientras las luces del patrullero destellaban azules en la oscuridad. Ella, por su parte, comenzó a moverse por el negocio, negándose a acercarse, siquiera, por el pasillo de acceso a la habitación donde descansaba rígido, el cuerpo de Ariel. Arregló los papeles del comercio y embolsó las pertenencias del finado. Al romper el alba, cuando el coche negro abandonó las proximidades con el cuerpo, sacándolo del valle y de Las Palmas, por fin logró conciliar el sueño tras cambiar la ropa de cama, y descansó hasta entrada la tarde, hora que se levantó de mejor ánimo para vagar como sin vida por la casa silenciosa a no ser por el sonido de los perros que volvieron a la carga.

¡Bien! —dijo terminante— a rey muerto, rey puesto.

Comenzó el día barriendo; lavando sábanas, restregándolas un par de veces, para sacar la impresión que le diera el haber dejado al muerto allí tirado, y dio vuelta el colchón, esperando que aquello fuera suficiente para poder volver a conciliar el sueño en la habitación. Limpió toda la casa. No podía dejar de pensar en el cuerpo frío y rígido, tendido en la cama. Repasó todo el camino hasta la puerta de entrada que habían realizado con el cuerpo, como si el mismo pudiera haber dejado caer alguna partícula de su condición que pudiera echar raíces en un descuido y adueñarse de la casa con ella dormida. Recién después de repasar todo, arrojada trapo en mano, se sacó el delantal, se lavó las manos y se cocinó una tortilla que comió despacio; sin atreverse a considerar que, muy posiblemente, disfrutaba del almuerzo.

Los perros continuaban dando vueltas en las proximidades, pero ahora... ahora las cosas serían diferentes. Ahora era ella quien mandaba. Y si hiciera falta, pensó, hasta le pediría a Nicolás o a cualquier otro, ¡claro!, el favor de correrlos a escopetazos. Pero pedir favores era demasiado y no quería deber nada.

Sentada aún, con los restos fríos dispersos en el plato, el vaso medio lleno de un vino tinto de dudosa procedencia y los cubiertos abandonados a un lado, dejó vagar la memoria repasando sus recuerdos de la vida en común. En algún momento la experiencia perdió el rumbo, evaluó. El combustible de la pareja, el amor, pareció alimentar un motor al relente que repentinamente comenzó a toser y con un dejo ronco se apagó. En algún momento el tedio oxidó la convivencia y la costumbre se adueñó de todo. Hacía rato, tanto que era difícil calcularlo, ella y Ariel perdieron la conexión que tienen dos personas cuando algo más que cariño las une bajo el mismo techo.

“Problemas hubo siempre. No fue eso lo que terminó de alterar nuestra convivencia ...” —se dijo.

Posiblemente, razonó, parte se debió a la costumbre adquirida de sermonearlo y menospreciarlo. Costumbre que surgiera y se afanzara con cada decisión contraria a su voluntad. Ariel era un alma simple, tan simple y libre de ambiciones y deseos que la terminaron por convencer que ese hombre estaba muerto en vida. Su convicción acerca de que su aporte, su jornada laboral, era más que suficiente, como excusa para explicar su falta de empuje, la sublevó. No podía explicarle que ella quería casa propia, cocina con heladera, aparatos y un confort que Ariel consideraba superfluos. Esa superficialidad que ella creía tener, él se la enrostraba en silencio y se la hacía sentir en cada gesto, cada mirada, cada comentario y la llevó a pensar que hiciera lo que hiciera, estaba mal. Sacudió la cabeza, más lo pensaba, más sentía la oleada de ira revolver sus entrañas; si hasta tenía ganas de revivirlo a cachetazos y gritarle a voz en cuello que no la conocía, que todo lo que

él podía ver en ella estaba equivocado, que solamente buscaba hacerse más llevadera, la vida, en ese lugar de mierda donde los trastos de ambos habían dado por tierra cuando ese camión de porquería había roto el eje allí, donde el diablo perdiera la chaveta. Oleadas que arrebolaban sus mejillas y, sin darse cuenta, la hacían entrar en un jadeo corto y enfermo, como el de los perros que miraban a la vieja cada mañana en ese infierno. Como si nada de lo que ocurría alcanzara para llegar a perdonarle la decisión de abandonar Santa Fe, aunque vivieran en una miseria que lo destruyó y lo dejó a él, sumido en la condición más deplorable. Después de todo estaba allí enclavada en el medio de la nada, por él. Ofuscada, comenzó otra ola frenética de actividad. Lavó su plato, guardó las cosas que estaban fuera de lugar, frotó las mesadas, arregló los cajones y cubiertos. Seguidamente, se dirigió al local y continuó allí el resto de la tarde, limpiando y ordenando. La tarde había envejecido hacía tiempo. Aún era visible una tenue claridad transparente y azulada contra el borde occidental de la sierra. Las sombras aburridas dejaron de modelar los toscos terrones rojos de roca desnuda y todo tomó la imagen bidimensional de una línea irregular que se levantaba contra el cielo. Las primeras estrellas marcaban la llegada de la noche y el aire calmó se llenó de otros sonidos. Los grillos rasgaban las notas agudas de su salmodia.

Aurora estaba atenta a los sonidos del silencio, era la primera vez que le pesaban, consideró. Contra las ventanas, una mariposa nocturna buscaba un paso que la acercara a la luz del interior. Ahora podía escuchar muchas más cosas, como si vivir con el que fuera su marido la hubiera anulado en más de un aspecto. Caminó hasta la cocina y colocó la pava tiznada de lamidas negras como la noche, sobre el aro que dejaba ver el interior de un fuego tranquilo. Sacó una taza de té, buscó entre las cosas sueltas del cajón de cubiertos una cucharita; abrió la alacena y tomó un saquito y miró impaciente la pava. Habitualmente Ariel le hacía el té, pero desde hacía poco había comenzado a dejarlo porque lo hacía con el agua no muy caliente y el té era demasiado ácido; ¿ácido era la palabra que buscaba?, se encogió de hombros. Estaba sola, ¿quién

tendría que entenderla? Ariel hacía el té, sacaba la basura, lavaba los platos, cocinaba... Comenzaba a evaluar el tendal de pequeñas cosas que dejara ese hombre, sueltas, cuando se fue para siempre.

¿Estaba ella capacitada para arreglarse sola? Decidió enterrar sus dudas. La última vez que se había dejado llevar por un análisis de ese tipo, había terminado casada. Miró brevemente hacia los lados y arriba y un estremecimiento involuntario la llevó a sacudir los hombros.

Estaba segura que entre ellos, los problemas, en gran medida se debían al enojo y malestar acumulados desde su llegada. Cada vez que lo veía tranquilo; buscaba la manera de alterarlo. Detestaba su descanso, pensó. Detestaba su tiempo libre y ese gesto de paz que descubría a despecho de su malestar. Se odió por ello, y a menudo buscaba mitigar la culpa acelerando su ritmo, aún más, en las tareas. Cuando por fin caía rendida de cansancio, el malhumor que bullía en su interior explotaba contra su parsimonia. Pasó muchas noches en vela, perdida en sus sórdidas excusas y sin poder dormir, sofocada de calor y agotada por la jornada. Ariel, no obstante, roncaba a su lado. De vuelta la ira la anegaba como una inundación que supera las márgenes del cauce y se derramaban en el valle de su descanso. De buena gana le hubiera dado un codazo, aunque tan sólo fuera por despertarlo.

Una trabaja y el señor: duerme –musitaba con los ojos abiertos como platos, enrojecidos, inyectados en la sangre del cansancio, pero sin sueño. El marido, los perros, el boliche... A la espera y aguardando a que él se despertara, refunfuñaba en voz no muy alta para que pareciera algo casual. En su malestar parecía olvidar que ella insistió en que él no atendiera el local "...para no hacerle más líos...", le había dicho en un principio, hacía muchos años.

Ahora allí sola, lejos de todo y todos, debía arreglárselas como mejor pudiera.

“Los perros molestan cuando aúllan, dan ganas de agarrarlos a patadas a estos animales del demonio. Para colmo, no puedo

pedirle nada a nadie. Estos pueblerinos son así. —resoplaba por lo bajo, mientras realizaba sus tareas rutinarias— una pide algo y queda atada, son capaces de pedir descuento por hacerle un favor a una mujer.”

A menudo pensamientos como esos, conspiraban con las tareas que, mentalmente se imponía como meta, a fin de no salir de allí y revolver todo al demonio.

La casa le resultaba fría. Era grande, cómoda, silenciosa y estaba rodeada de amplios espacios con techos altos y blancos. Fresca en verano y fría en invierno; un par de salamandras cumplían bien su función durante el clima riguroso y extremo de la época desapacible del año. Los pisos de madera eran una compañía en su soledad; la dejaban en evidencia cuando se desplazaba de un lugar a otro conversando en quejidos y chirridos al deslizar sus pasos de un ambiente al otro. Los muebles de mimbre dejaban ver algunas puntas salidas que contaban innumerables los años de servicio, por lo demás, escasos eran los muebles de madera que completaban el mobiliario. Su relación con la casa no fue siempre igual; recién llegados, la había corroído un hambre posesiva. La casa parecía la estación del placer en el viaje a su propio paraíso, y debió contenerse para no parecer usurpadora, pero el viejo tenía una debilidad con ellos; en la neblina que los años empañan la memoria, confundía a Aurora con su hija, quien se fuera con un hombre hacía ya mucho tiempo, y mendigó compañía a cambio de perder espacio en la casona. Cuando el dueño falleció, tras dejarles la casa y el comercio como herencia, esa relación pasó a ser oscilante como el péndulo del reloj que rezongaba hora a hora en el living. Cambiaba conforme su estado de ánimo se alteraba, ciclos de rechazo y bienestar que la sumían en hoscos desconciertos, pero que nunca, nunca, expresaba. Si no fuera por el... tonto de Ariel, no habría renegado tanto ni hubiera pasado tantas noches en vela urdiendo manejos solapados para conseguir dádivas del viejo. Pero Ariel sabía que se traía Aurora entre manos y al principio se opuso a sus tretas. Al final, pensó, se cansó de

pelear y la dejó hacer. Meneó la cabeza con disgusto como si los recuerdos que venían en tropel levantaran una nube de polvo que tendían a ensuciar los recuerdos. Mientras pensaba en todo ello, sentía la mirada de Ariel colgada de la nuca. Otra vez el suspiro y el revoleo adusto de su falda, mientras los perros disputaban en silencio los restos, como aprendieran a hacer, para adueñarse de todo aquello que ella descartaba en malas condiciones.

Se sabía molesta, y en parte su malhumor saltaba de improviso a la vista de los alimentos descartados en mal estado.

Ariel era bueno en esos menesteres; encargaba lo justo y apenas si sobraban cosas. "...se fue cuando había más trabajo" refunfuñaba mientras anotaba una y otra vez los faltantes, porque el día anterior había tirado la lista por error.

Torció el cuello para ver una vez más a los perros encaramados en la ventana. "...lo único que hago es alimentar esta jauría de ladrones", dijo al mirarlos.

—¡Fuera! —exclamó iracunda.

Entonces comenzaba una carrera corta, esgrimiendo un palo que guardaba tras la puerta; los animales se unían a su juego inútil, huyendo sin mucha convicción. Al rato salía a barrer enérgicamente, con el gesto adusto y vigilando la horda de animales que, indecisos, la estudiaban desde lejos. Barría con el ceño fruncido, como si peleara al viento que se emperraba en arrastrar una y otra vez las hojas que ella arrojaba de la vereda al camino, creando la ilusión de limpieza y orden en aquel rincón que no lo conocía. No le agradaba ver como los ladrillos de la vereda, día a día acumulaban tierra, excrementos, hojas y aplastaba la escoba contra el suelo para transmitir su desacuerdo y su malestar. No le gustaba; como no le gustaban las paredes de ladrillos gastados y comidos, mal cocidos y estropeados por la inclemencia. Al llegar a la esquina se detuvo. Apoyada en el cabo de la escoba, levantó la

mirada. El cartel, antaño colorido, era un indicador del ardor del sol y las lluvias que lo desteñían y lo uniformaban todo a ese color terroso con que Las Palmas identificaba las cosas.

No podía dejar de recordar, al mirar el cartel, la discusión con su marido años atrás, cuando pintara el nombre del local con todo esmero, con la ilusión de cambiar algo donde nada cambia. “Las Flores de Romano”, había escrito ese día, en delicadas letras verdes sobre un fondo pastel color amarillo. Ella había mostrado su desagrado y la mueca le había revuelto el vientre vacío y seco.

—No —dijo tajante— no me gusta.

Él la miró serio, la idea parecía buena, jugaba con los apellidos de ambos, pero ¿”Las flores...”?

—Yo no tengo hija —señaló con un rictus amargo, y Ariel comprendió de pronto que allí había un nudo oscuro que él no desataría nunca, porque no sabía cómo hacerlo. En esa oportunidad, ella no dijo más nada y se metió adentro.

Desde abajo, tarro de pintura en mano, Ariel permaneció con la sombra del comentario agrio de Aurora, dando vueltas en su cabeza, enroscado el gusano de su fracaso y sintiendo en las tripas el cuchillo de hielo de su desacuerdo. Subió nuevamente y corrigió el anuncio de su infertilidad. Cuando Aurora salió nuevamente, miró largamente el cartel y comentó:

—No me gusta.

—¿Ahora, qué? —preguntó confundido, parado junto a ella frente al cartel que declaraba: “La flor de Romano”

—Yo no soy de nadie —dijo categórica y volvió adentro.

Ariel guardó los tarros y limpió los pinceles concienzudamente sin hablar. Respetaba sus silencios, odiaba confrontar con ella y, a menudo, callaba la furia y la amargura que subían como una nube negra desde el interior y hasta la cabeza.

De calvicie avanzada y donde la falta de cabello, a menudo, había puesto en evidencia la gruesa montura de los lentes: negra y tosca; montura que se empeñaba en sostener una gruesa nariz sin ser bulbosa, y que le daban a los ojos un aspecto retirado y huidizo. No obstante era de mirada apacible y bondadosa. Una verruga resaltaba un párpado más que el otro y parecía contener, debajo, el cansancio oscuro de marcadas ojeras que ya no se irían; ojeras de desilusión y agotamiento con la vida y su entorno. Dos pómulos salientes triangulaban un rostro que remataba en barbilla algo retraída. Parecía de personalidad sumisa, encuadrada por una mandíbula sin ángulos marcados. Aurora, cuando lo observaba, sentía su mirada atrapada por la recia cicatriz entre las cejas; producto de una vieja riña con su suegra; la señora había zanjado el problema en un solo movimiento: revoleando un botellazo, que había impactado contra la frente de Ariel con un ruido sordo y seco. La reacción los dejó a ambos, mudos y abrió una brecha que no volvió a cerrarse. El rostro, en síntesis, era el de un viejo bonachón al que “todo le venía bien”, reflexionaba Aurora, “piensa diez veces antes de agitar la mano contra una mosca”. El cartel quedaría así hasta el día siguiente, en que se había decidido a cambiar la leyenda: “Almacén La Aurorita”; Aurora salió, lo miró y entró sin decir palabra; no podía sonreír ante el gesto conciliador de su marido.

La historia de ambos era un cuaderno de tropiezos y errores que minaron una relación que comenzó con el respeto y la promesa que “tal vez” a partir de alguna circunstancia, ella podía llegar a amarlo. Los problemas comenzaron pronto: Ella se peleó con su familia, él se alejó de la suya, vinieron los abortos, la convalecencia, la tristeza por los niños perdidos, él sufrió un accidente de trabajo, y ya repuesto lo dieron de baja. “¿Cuándo... cuándo tuve tiempo para amarlo o respetarlo?” –se preguntó la tendera a manera de excusa, y mientras acomodaba los estantes reponiendo artículos que completaran los agujeros. Se le ocurrió pensar que los faltantes parecían los huecos en la dentadura de la despensa,

pero dejó de lado el paralelismo cuando evaluó su papel en el mismo. Se puso a limpiar y refregar el mostrador de chapa que aún mostraba los anillos de los vasos tantas veces apoyados y que dejaran un tendal de pegotes marcados por el contenido derramado, donde las moscas se daban su habitual panzada de líquido y azúcar. Fregar era una manera de hacerse de un espacio para pensar y evaluar dónde estaba ella, parada. Una forma de ocuparse de algo sin resolver nada, a fin de tener algo de qué ocuparse luego.

La memoria remontó vuelo y aleteó a los difíciles años de convivencia en la Ciudad de Santa Fe, en la calle Chacabuco. Alquilaron una habitación en la “La pensión de Clara”, próxima al ferrocarril y al puerto. Ariel estaba en crisis y vencido. Repuesto de una fuerte lumbalgia que lo dejó inactivo quince días, lo habían despedido del ferrocarril y ahora buscaba changas por las mañanas y bebía por las tardes. Acabado y agobiado; parado a menudo a un costado del camino como sin vida, de manera tal que los carreteros que por allí pasaban desde el puerto, se acostumbraron a verlo y ya lo saludaban como si fuera parte del paisaje. A un costado, los esqueletos de los vagones se pudrían volteados, al costado de los rieles. Infinidad de tardes lo había observado caminando al garete como un barco sin guía. Se preguntó, entonces, mientras lo vigilaba atenta, si acaso planeaba suicidarse. Con horror y espanto, aplastó la confusa alegría que parecía querer aflorar, de ser cierta la duda. Eso la rebeló, lo hubiera agarrado a cachetadas si estuviera frente a ella. Pero comprendió que su enojo se debía a la debilidad de su carácter.

Parada tras las cortinas, solía dibujar, al verlo, cierto gesto adusto; un rictus de frustración que le marcaba las comisuras de la boca con labios severos y delgados. Solía mirar tras la cortina con un mate en la otra mano y actitud alerta, las intenciones del marido, parado a escasos metros sin querer entrar. Nunca hablaban demasiado, ella consentía en un silencio ríspido, cargándolo con toda la pesadez de los sermones no dichos y su mirada reprobadora. Lo dejaba hacer; pero sus facciones avinagradas, su eterno ma-